

JORNADA CAM 1997
LA VINCULACION A LAS COSAS 1997
P. Rafael Fernández
Segunda charla

Decíamos que si vemos las cosas correctamente, si las valoramos y usamos en relación a Dios y al prójimo, se crea en nosotros una actitud especial de cuidado, de respeto por ellas. Creo que es muy distinto cuando vemos las cosas sólo en su utilidad y más aún si las vemos en su utilidad para nosotros en forma egoísta, o nos valemos de ellas en forma individualista. De algún modo, hemos perdido el respeto por las cosas mismas. Usamos y abusamos de ellas.

Habría mucho más que agregar sobre esto. Ahora veremos el segundo punto el cual nos habla el P. Kentenich.

2. Gozar correctamente de las cosas

Esto se desprende de esa actitud de valoración de las cosas a la luz de Dios, el gozar correctamente de ellas.

El P. Kentenich habla de actitud de la gallina. Cuando la gallina come, baja la cabeza y después la levanta hacia arriba. El Padre dice que ésa debiera ser nuestra actitud: gozar de las cosas, las aprovechamos, pero levantamos la cabeza para agradecer, para alabar al Señor. Porque las vemos como un regalo, como un don de Dios que despierta nuestro amor. Si nosotros estuviéramos constantemente practicando esa gratitud por las cosas que tenemos, por las cosas con que nos vestimos, con que nos alimentamos, con todo lo que nos rodea, sin duda que nuestro amor a Dios sería mucho, más afectivo, mucho más cálido. Nuestra actitud sería de mayor contacto interior con el Señor.

La actitud fundamental de la gratitud frente a Dios es la alabanza y la gratitud. La actitud fundamental de Dios respecto a nosotros es darnos, es regalarnos, es poner toda esta creación, que muchas veces nosotros maltratamos tanto, a disposición nuestra. Todo eso lo hace por amor, por un amor que se entrega. La actitud propia de la criatura tendría que de gratitud y de alabanza al Señor por tantos regalos que nos hace constantemente. Para eso también tenemos que dejarnos tiempo. Recordamos la actitud de esos nueve leprosos que no volvieron a dar las gracias al Señor después que él los había curado. Solamente uno lo hace. Y el Señor le pregunta: ¿dónde están los otros nueve? Sin duda que estaban contentos porque habían sido sanado, pero sólo el que agradeció es quien se comunicó en el amor con el Señor. Todo lo que hizo el Señor por él terminó en que esa persona quedó vinculada de corazón al Señor.

¡Si nosotros diariamente cultiváramos esa actitud de gratitud por cada cosa! El P. Kentenich dice que tenemos que sacar de nuestro corazón ese *evidentismo* tan común, que considera todo como tan evidente. Nada es evidente, todo es un regalo de Dios. Como esto va aparejado con lo humano, a veces también consideramos tan evidente muchas cosas que hace el cónyuge por el otro. En un pequeño encuentro con los maridos, hicimos un ejercicio en que cada uno tenía que escribir todas las cosas que hacía su esposa durante el día por él. Y cuando lo hicieron, se dieron cuenta que era una larga lista y que muchas cosas las daban por evidentes. Cuando volvieron a sus casas, las esposas se admiraban del marido porque había cambiado su actitud anterior por una actitud de gratitud. Cuando hay

gratitud, cuando se expresa concretamente en palabras, en gestos, cambia también la relación entre los esposos. Lo mismo sucede respecto a Dios. Todo es don de Dios que nos regala a través de personas concretas. Nuestra gratitud a esas personas es nuestra gratitud a Dios. Si en el hogar han colocado un florero, significa un signo de amor; la persona que lo colocó quiere embellecer la vida, hacerla alegre. Podemos considerar esto como normal, que a la dueña de casa le guste hacerlo. Pero no es normal, no es evidente, es algo hermoso, algo que hay que admirar, que hay que acogerlo y agradecerlo. Así también cambia nuestra vida, cambia nuestra relación.

Nada es evidente Todas las cosas son pequeños profetas de Dios que nos habla de su amor y del amor de las personas que nos rodean y que requieren una respuesta de amor de nuestra parte. Cuando gozamos correctamente las cosas, con gratitud y con un canto de alabanza en el alma, estamos expresando nuestro amor. La alabanza es el amor más gratuito que existe, porque no estamos pidiendo nada a la persona sino que le estamos reconociendo lo grande que tiene, lo hermoso que tiene, y el que exista simplemente. La persona que es alabada siente que no la están alabando simplemente porque la sienten útil, porque ha hecho un favor, de tal modo que si no hace un favor después la dejan de alabar. Siente que la alaban porque la quieren por lo que es en sí misma.

La alabanza y gratitud debiera estar en la vida cotidiana. Además gozamos de las cosas con un cuidado, con un respeto y responsabilidad peculiar Si algo es un regalo de Dios, no lo botamos, lo respetamos, lo admiramos, tenemos cuidado con él. Si nunca consideramos las cosas como un regalo, podemos botarlas. Hay una manera de tratar las cosas porque sabemos que vienen de otro que nos las dio por amor. Tenemos que cuidar las cosas

En Schoenstatt tendríamos que introducir todo lo positivo que hay de la ecología. Se trata del respeto al don de Dios en esta naturaleza que nos rodea. Tendríamos que tener un tremendo cuidado por usar las cosas respetuosamente. Muchas veces vemos que hay hogares totalmente desordenadas, sucias; eso significa que algo falta, que no hay un cuidado. No dejamos que la naturaleza, la belleza de la creación de Dios y del hombre resplandezca. Ese desorden no es de Dios, no es respeto por las cosas. Nosotros queremos distinguimos por ser respetuosos tanto por las personas como por las cosas.

En una cultura de lo desechable, de recambio constante, no hay ningún cariño por las cosas. Podemos ver que los niños muchas veces tienen preferencia por el juguete más viejos, las sucio, porque tienen un valor independiente de lo que artificialmente hemos creado en esta cultura de lo desechable; no amamos las cosas, no las queremos, no las cuidamos.

Aquí tenemos que introducir algo nuevo en el mundo. Vivimos en el mundo, pero queremos un mundo de respeto, de amor a las cosas, de cuidado por las cosas. Y utilizarlas en su recto orden, con responsabilidad. Somos administrador de las cosas, no somos dueños absolutos de las cosas. Dios nos da los bienes para que convivamos, para que compartamos esas cosas con los nuestros y seamos felices. También para que ayudemos a otros y compartamos esos bienes con otras personas.

Hay tres tipos de bienes. Bienes necesarios, que son para vivir, para el trabajo. Bienes útiles, que nos ayudan pero que no son imprescindibles. Y hay bienes superfluos.

Bienes necesarios: son aquellos bienes debemos tener, pero que también deben tenerlos los otros. No podemos despreocuparnos de nuestros hermanos, de los hombres que son hijos

de Dios. Tenemos que ser responsables que todos cuenten con lo necesario, en nuestro ámbito, con nuestras posibilidades, con nuestra influencia. Cada uno, como político, como dueño de una empresa, como subalterno, como ciudadano, en su lugar tiene que velar, con responsabilidad, porque todos tengan los bienes necesarios para vivir dignamente. No podemos decir que no nos incumbe, porque no somos ni gobernante, ni empresario, ni político... De una u otra manera tenemos que velar porque todos tengan los bienes necesarios.

Bienes útiles son aquellas cosas que nos ayudan. El P. Kentenich dice que tenemos que renunciar incluso a veces a los bienes útiles. Porque la tendencia a acumular cosas, la codicia, de poseer, de tener y tener, es tan fuerte que, si no estamos alertas, cuando en algún momento recortemos algo, seremos arrastrados por una corriente materialista, consumista.

Bienes superfluos. Podemos tener en la casa cortinas de muchas calidades, importados, o sencillamente algo sencillo. En este aspecto, se nos ha introducido una moda, un ansia de aparentar, de competir. No tenemos que olvidar que estamos en una cultura pagana no cristiana. Cuando armamos nuestra casa, cuando compramos cosas, no estamos chequeándonos interiormente con el Evangelio nos pide, con lo que el Señor nos pide. Sino que nuestro chequeo es saber dónde están comprando todos, qué cosas están usando todos, qué es lo que se acostumbra. Sin darnos cuenta estamos pisando el palito y tratamos de tener todas las cosas que todos acostumbran. No podemos caer en este ritmo. Tenemos que renunciar a lo superfluo que daña y que injuria la carencia de lo necesario en otros hermanos.

Tenemos que gozar de las cosas con gratitud, con alabanza, correctamente. Como don de Dios, en el orden querido por Dios, con gratitud, con alabanza, con mesura. ¿Por qué? Porque por el pecado original tenemos una tendencia a tener, a comer, a acumular, más de lo necesario; a tener más dinero de lo necesario, a tener más vestido, más corbatas de lo necesario. Hay una tendencia egoísta del pecado original que todos llevamos. Si hiciéramos un chequeo veríamos que tenemos mucho más cosas de las que necesitamos, porque hay una tendencia desviada, desordenada, pecaminosa, que tenemos que controlar conscientemente.

Esto significa usar, gozar de las cosas correctamente, en forma mesurada, con cierta austeridad. Las familias tradicionales chilenas se caracterizaron por la austeridad. Eran familias profundamente católicas que guardaban una gran sencillez de vida. Y esto tenemos que salvarlo. En Schoenstatt hay muchas personas que vienen de esa veta que formó la sociedad chilena. Sin embargo, hoy no es así; la falta de austeridad es común; hay una ostentación por tener y tener. No podemos decir que en ello esté el espíritu del Evangelio, la sencillez que Dios quiere.

Si una persona tiene una responsabilidad y posición social que lo obliga a tener un salón inmenso para hacer recepciones, que lo tenga pero sencillamente, con austeridad.

Gozamos las cosas pero no abusamos de ellas, encontrando a Dios en ellas, alabándolo, agradeciéndole, admirándonos de las cosas, valiéndonos de ellas como un don de Dios.

3. Renunciar correctamente a las cosas

El Señor nos dice que no podemos servir a Dios y al rey de las riquezas, a Mamón. Nosotros podríamos hacer una selección de frases muy duras, muy fuertes respecto a la riqueza en el Evangelio, a los bienes materiales.

Por ejemplo, no guarden riquezas donde a polilla se los come, sino en el cielo. Es más difícil que un rico entre en el cielo que un camello por el ojo de una aguja, etc. Hay una cantidad de sentencias del Señor muy condenatorias. Esto produjo que la piedad antigua pusiera el acento en renunciar totalmente a las cosas, en cortar con todo el mundo.

Nosotros decimos que es imposible no tener riquezas. Tenemos que tenerlas por nosotros, por nuestros hijos, por nuestro trabajo. Pero, cómo las tenemos?

Tenemos que introducir una recta renuncia. El peligro que hay detrás de este poseer es que nosotros tendamos a sentirnos todopoderosos con las riquezas. Tenemos bienes, tenemos influencia, medios, por lo tanto, no necesitamos de Dios. Esta es la psicología interior que hay detrás de esto; sentimos que manejamos las cosas, que disponemos de los bienes, que tenemos el dinero para comprar todo. Hay una autosuficiencia en el uso de los bienes materiales o del dinero ante lo cual tenemos que ser muy precavidos porque tenemos que tener riquezas. Si tenemos una empresa, por ejemplo, no podemos hacerla caminar si no tenemos dinero. Pero, cuidemos que nuestro corazón no se enorgullezca, no pase a la soberbia. Muchas veces, las personas que tienen dinero caen en una prepotencia; en cambio hay otras que teniendo mucho dinero no lo son, porque sienten que sus bienes se los dio Dios y quieren un administrador de esos bienes. Hay otras personas que se sienten dueños del mundo porque tienen poder económico, poder político, social.

Tenemos que renunciar a las riquezas que nos convierten en hombres prepotentes, soberbios, que desprecian al hombre. Si Dios nos da riquezas quiere que las usemos con humildad, con espíritu de servicio, con generosidad, con responsabilidad.

¿Por qué el Señor previene tanto? ¿Por qué nos pide renuncia? Porque el exceso de riquezas y el apego desordenado a ellas nos abre el camino a muchos pecados, a muchos vicios: a la lujuria, al alcoholismo, a la drogadicción, pero sobre todo al desprecio a los demás que es el mayor pecado. Con dinero podemos hacer muchas cosas, porque en nosotros hay una tendencia del pecado original; nos deslizamos a todo ese ámbito de gozar por gozar egoístamente, desprendiéndonos de todo el resto del mundo. Gozamos pero nos embotamos, nos embarramos con las posibilidades que nos dan las riquezas. Y con ello causamos mucha injuria, sin quererlo muchas veces. Porque somos escándalo para los que menos tienen.

El Papa Juan II, uno de sus escritos, se pregunta por qué en América Latina, siendo un continente cristiano, hay tanta injusticia social. Es una pregunta bien contundente. En Chile, las diferencias de sueldos son de las más altas del mundo. Lo que gana un super gerente y lo que gana una recepcionista no tiene nada que ver con la diferencia que existe en Europa. ¿Por qué hay este enriquecimiento desmesurado en nuestro país y estamos siempre esperando que a los más pobres les llegue alguna vez algo más?

Añoro que nosotros los schoenstattianos, sobre todo las personas que tienen una responsabilidad mayor, por su cultura, por su formación, por su profesión, podamos reunirnos para plantearnos la cuestión social. ¿Qué quiere Dios, la Iglesia, de los católicos en este campo? ¿Cómo se administran los bienes en una empresa, en un negocio? Estamos

viendo que nuestro país está siendo invadido cada día más, por la corrupción. Casi no se pueden hacer negocios limpios; sabemos que la justicia también está siendo infectada. ¿Como schoenstattianos, qué estamos haciendo? ¿No tendríamos que juntarnos y pensar esto

Hemos pensado sobre la familia, que es lo básico. Pero, en algún momento, los hombres de negocio de Schoenstatt tendrían que juntarse para ver cómo se traduce Schoenstatt en este campo; cómo se da Schoenstatt en la ética de los negocios, en el trato, en el negocio de los demás, en el uso de los bienes del capital, etc. Creo que habría un mundo que descubrir y que abordar, que no lo hemos hecho todavía en forma suficiente. Se lo debemos al tiempo, a Juan Pablo II, a la Iglesia que nos ha estado pidiendo, durante decenios, que nos aboquemos a una nueva cultura, a una civilización de la solidaridad y del amor.

En tercer lugar, por qué el Señor insiste tanto en la renuncia. Porque las cosas materiales nos atrapan de tal modo que nos desvían de lo más importante. Por eso el Señor decía que primero tenemos que buscar el reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas se nos darán por añadidura. El nos previene: "Cuidado con que se emboten vuestros corazones por las preocupaciones materiales.

Nos preocupamos tanto de lo material que dejamos lo más importante. A veces por el cuidado de tener más, de producir más, de tener un mejor nivel y más holgura, matamos lo esencial, que es el amor al interior de la familia, el contacto de corazón de unos con otros, el gozar de lo más hermoso que puede darse. Vemos que hay tantos ricos infelices; tenemos una cantidad enorme de ejemplos. Podemos estar tapados de dinero y ser infelices. Nosotros queremos tener lo necesario, lo útil y queremos ser felices.

Por estos peligros y otros más, la espiritualidad antigua, tradicional, optó por la renuncia a los bienes materiales para alcanzar la santidad. Nosotros no somos ingenuos, como muchos hoy día lo son, que no se preocupan de esto sino sólo de pasarlo bien. Nosotros queremos renunciar pero correctamente.

¿Qué significa correctamente?

Siempre que hay una renuncia, lo que está detrás para nosotros es el ennoblecer la naturaleza, de lo que somos como personas, como familia. Si renunciamos a algo, no es por la renuncia en sí misma; nunca amamos la cruz por la cruz. La renuncia es una cruz. Si nosotros renunciamos a algo que nos cuesta, es porque queremos algo superior, más valioso. Si apagamos el televisor, renunciamos a ello, nos es difícil, pero no lo hacemos por sacrificarnos, por hacer penitencia sino por algo superior, por tener más tiempo para dialogar con el cónyuge, con los hijos. Es decir, estamos ennobleciendo, aumentando la calidad de vida, del amor que existe entre nosotros.

Si renunciamos a beber más de la cuenta, no es por despreciar el vino; renunciamos a tomar más para no convertirnos en alcohólicos y seremos de esos alcohólicos anónimos que llegan a la casa y lo primero que hacen es sentarse a tomarse un trago de whisky, ver televisión...y luego otro trago... Renunciamos para ennoblecer nuestra naturaleza. Cuando debemos tomar un aperitivo, lo hacemos sin mayores problemas. Pero cuando se trata de beber más de la cuenta, tenemos que cortar, podar, ese trago, el tener tantas corbatas, tantos vestidos... El sarmiento ha de podarse para que dé más frutos. Hay que podar para *ser más*, para vivir mejor, para ser más dignos.

Hacemos una renuncia que ennoblece la naturaleza, que es sabia y que es siempre por amor, que siempre tiene un sentido. Ya sea del amor a sí mismo, porque todo desborde rebaja nuestra calidad de vida, nuestra calidad de ser. Si renunciamos a algo es para ser más y para amar más y mejor.

En tercer lugar, tenemos que renunciar de tal modo que nuestra renuncia no dañe nuestras obligaciones, nuestra tarea, nuestra profesión.

Renunciamos a cosas que nos sirven para cumplir mejor nuestra misión, nuestra tarea. No podemos renunciar a algo que nos permite trabajar bien; no podemos renunciar a comprar una máquina que sabemos ayudará a nuestra empresa a tener un mejor resultado. Dios no nos pide esa renuncia. Tenemos que renunciar sabiamente; renuncia a aquellas cosas que no perjudican nuestra tarea, pero no a aquellas cosas que hacen que cumplamos mejor nuestra tarea, nuestro trabajo.

Tenemos que practicar una renuncia que nos lleve a usar de las cosas con moderación. En esto tenemos que hacer un recuento de todo lo que tenemos, de lo que hacemos con las cosas materiales. Tenemos mucho que revisar.

Nosotros hablamos de un estilo de vida. Podríamos decir que nosotros queremos tener en nuestras familias, en nuestros hogares, un estilo de vida mariano, un estilo de vida alegre, hermoso; sencillo sobrio. Pero para ello se requiere una renuncia. Para ser sencillo tenemos que renunciar a muchas cosas superfluas. Para tener un estilo de vida alegre, tenemos que renunciar también a muchas cosas que a veces nos cuesta mucho dejarlas de lado. Nos puede gustar mucho el tenis, porque es hermoso y entretenido. Pero si todos los sábados nos vamos a jugar tenis y dejamos a la esposa o al esposo y a los niños... Exige renunciar, cortar, moderar, pero siempre por un bien superior, correctamente.

Podemos comer bien, y es bueno tener una comida especial. Pero también tenemos que aprender a renunciar y no hacer una exposición de todas las exquisiteces que somos capaces de tener...

Tenemos que moderar, recortar. No por recortar simplemente sino por dar importancia a lo más valioso, por vivir más feliz. Hacer una renuncia correcta que esté iluminada por la imagen del Señor, que voluntariamente se despojó de muchas cosas y vivió pobremente. El Señor hizo una opción concreta. Nació en un hogar sencillo, pobre: "el Hijo del hombre no tiene dónde reposar su cabeza", porque quería asumirlo expresamente para unir toda esa pobreza, esa humillación a la cruz que nos iba a redimir. Nosotros no podemos vivir sin tomar conciencia que nuestro Dios es un Dios que renunció heroicamente a las cosas. El no nos pide lo mismo a cada uno. Sin embargo, él quiere darnos luz para nuestras opciones y nos dice: "Si quieren seguirme, tomen su cruz y vengán detrás mío". Hay circunstancias en que el Señor puede pedirnos esta cruz tan radical, tan fuerte, como él la vivió.

También el P. Kentenich vivió tres años y medio en el campo de concentración. A cualquiera de nosotros puede pasarnos que nuestra situación económica cambie; pueden despedirnos del trabajo, y no nos es fácil encontrar otro. El Señor nos puede pedir esta cruz. Y en este caso, no podremos gozar ni siquiera de los bienes materiales mínimos, necesarios. En este momento, la cruz del Señor nos ilumina. Él se despojó de todo. Y nosotros, nuestra familia entera, quizás tendrá que despojarse de todo para seguir al Señor que abrazó la cruz.

También tenemos que considerar esta situación. El Señor no nos pedirá en todo momento esta situación, el que nuestra empresa quiebre, que nos despidan del trabajo, pero puede pasar alguna vez. Puede pasar también que tengamos una enfermedad que no nos permite gozar de la vida humanamente. Es el momento del amor crucificado. Estas situaciones pueden también darse dentro de nuestra ascética. No es lo cotidiano. Tampoco lo fue en la ida del Señor; él iba a casa de familias ricas, como a la casa de Lázaro, de Marta, en Betania, y allí se estaba algunos días en vacaciones. El no condenó a los ricos sino que los previno y fuertemente.

¿Cómo concretizamos esto? Sería aconsejable que esta generación de ustedes pudiese adelantar trabajo para el siglo futuro. El jesuita, el benedictino, la carmelita, tiene todas sus costumbres y usos delineados y están probados y practicándolos ellos, puede llegar a la santidad. Tiene el camino a la santidad ya señalado. En cambio nosotros, como Schoenstatt, como matrimonios, no tenemos prácticamente nada elaborado. Estamos recién creando un estilo de santidad laical y matrimonial. Hay ciertas cosas que ya las tenemos más o menos delineadas. Por ejemplo, el que una pareja se deje semanalmente un momento para conversar porque, de lo contrario, será muy difícil que puedan crecer en Dios y en el amor entre ellos mismos. Tenemos que introducir costumbres concretas como este conversar semanalmente, porque sabemos que sin esta ascética nuestro matrimonio cojeará. Y también el hacer un retiro mensual de pareja, para chequear lo que ha sido el mes pasado, preparar el mes que viene. Hay ciertas cosas que hemos ido fijando como producto de una experiencia. El benedictino sabe que debe levantarse a las cuatro de la mañana para ir a rezar maitines, porque esta práctica está incorporada en su estilo. Así también nosotros tenemos que crear un estilo, porque de lo contrario, nos quedaremos en meras buenas intenciones y en la práctica no sabemos cómo hacerlo.

Lo mismo tiene que existir también frente a los bienes. Tenemos un presupuesto en el hogar. Le cuento una experiencia que tuve en Bolivia. En La Paz, la sensibilidad social no es muy alta. Un schoenstattiano antiguo me mostró los planos de su casa; me llevó a ver el terreno; yo le hice algunas observaciones como las dimensiones de los dormitorios de las asesoras; la cama estaba enmarcada por la muralla y por el ropero, no se podía mover. La diferencia con los dormitorios de los niños y de los esposos era enorme. No poseemos un estilo cristiano. También nos sucede cuando compramos el auto, cuando nos compramos un terno, un vestido. No hacemos una reflexión evangélica, schoenstattiana. También recuerdo el caso de un otro matrimonio schoenstattiano en Bolivia; hizo una casa de tres pisos. Una casa preciosa. Pero también la pieza de la asesora estaba en el sótano de la casa y la ventana que tenía estaba arriba, en el cielo raso y era de 30 centímetros. Esa pieza no tenía luz ni sol. En La Paz hace mucho frío...

Esto nos muestra que no hemos pensado en un estilo schoenstattiano de nuestras casa, de nuestros hogares, de nuestras comidas, de nuestra forma de vivir. Y éste es el estilo que debemos elaborarlo de tal modo que al entrar a una casa de un schoenstattiano podamos decir que en ella se respira alegría, sencillez, armonía. Que en ella no se dejan las cosas botadas, sino que se cuidan, se las aprecia, se las respeta, porque son signos de cariño, de amor. Son bienes que tenemos que recibir, cuidar y responder por ellos. Ese es nuestro estilo determinado. Y tenemos que aceptar que hay cosas que no están dentro de nuestro estilo, que no pertenecen a nuestro estilo y que por ello se dejan fuera.

¿Cuál es nuestro estilo? Tenemos que elaborarlo y en forma crítica y consciente, porque lo normal es que siempre hagamos lo que todos hacen, sin darnos cuenta, porque estamos acostumbrados a hacer lo que todos hacen, sin pasar por el cedazo del Evangelio y de Schoenstatt eso que todos hacen. Tenemos que regalar a nuestros hijos otro estilo de vida, otras costumbres, que los preparen para forjar una nueva cultura.

Tendríamos que introducir a nuestros hijos en esta novedad de una santidad laical, de la armonía de la naturaleza y la gracia, donde Dios está en todo. ¿Cómo educó a los niños en el respeto a las cosas, a ver a Dios en ella, a la solidaridad. El P. Kentenich, en los años 14, apenas empezaba Schoenstatt, les habla a los jóvenes de la responsabilidad social y les decía que no bastaba con sólo saber la teoría sino que había experimentar la realidad de los que no tienen o tienen menos. ¿Qué actualidad tiene hoy esta actitud del P. Kentenich? Normalmente, nosotros tenemos a nuestros hijos en un mundo muy cerrado; creo, por ejemplo, que nunca los hemos llevado a una población; n han entrado nunca a un hospital. No conocen esa realidad. ¿Cómo educamos a los niños a ser cristianos de corazón, con un estilo de vida cristiana? Tenemos todo un capítulo a considerar en este contexto.

Como laicos, nosotros tenemos que tener un estilo muy diferente dentro de una homogeneidad, porque cada familia es una comunidad religiosa. Y las comunidades religiosas buscan su propio estilo; todas son católicas, pero tienen su sello, un estilo distinto. Entre nosotros, esto mismo se da en cada familia. Sin embargo, en todas las familias, en todos los hogares schoenstattianos, hay algo en común. Pero no podemos determinar que todos sean exactamente iguales; sería algo utópico e irreal. Porque cada familia tiene una vocación propia, una responsabilidad propia; hay muchas variables que las hacen muy distinta. Distintas pero dentro de algo que es común a todos: todos somos marianos, todos sabemos usar los dones de Dios, todos somos solidarios, todos tenemos una categoría de valores. Pero hay que elaborar un estilo propio, para permitir que nuestros hijos crezcan en ese ambiente y esfuerzo, que ellos contribuyan a un cambio significativo de la cultura.

La visión general del P. Kentenich es que hay un deterioro, una ruina de Occidente que avanza, que nadie la detiene y por eso en nuestros hijos ya tiene que empezar a prepararse esa nueva cultura, ese nuevo estilo de vida cristiano, laical, un nuevo estilo de santidad laical.